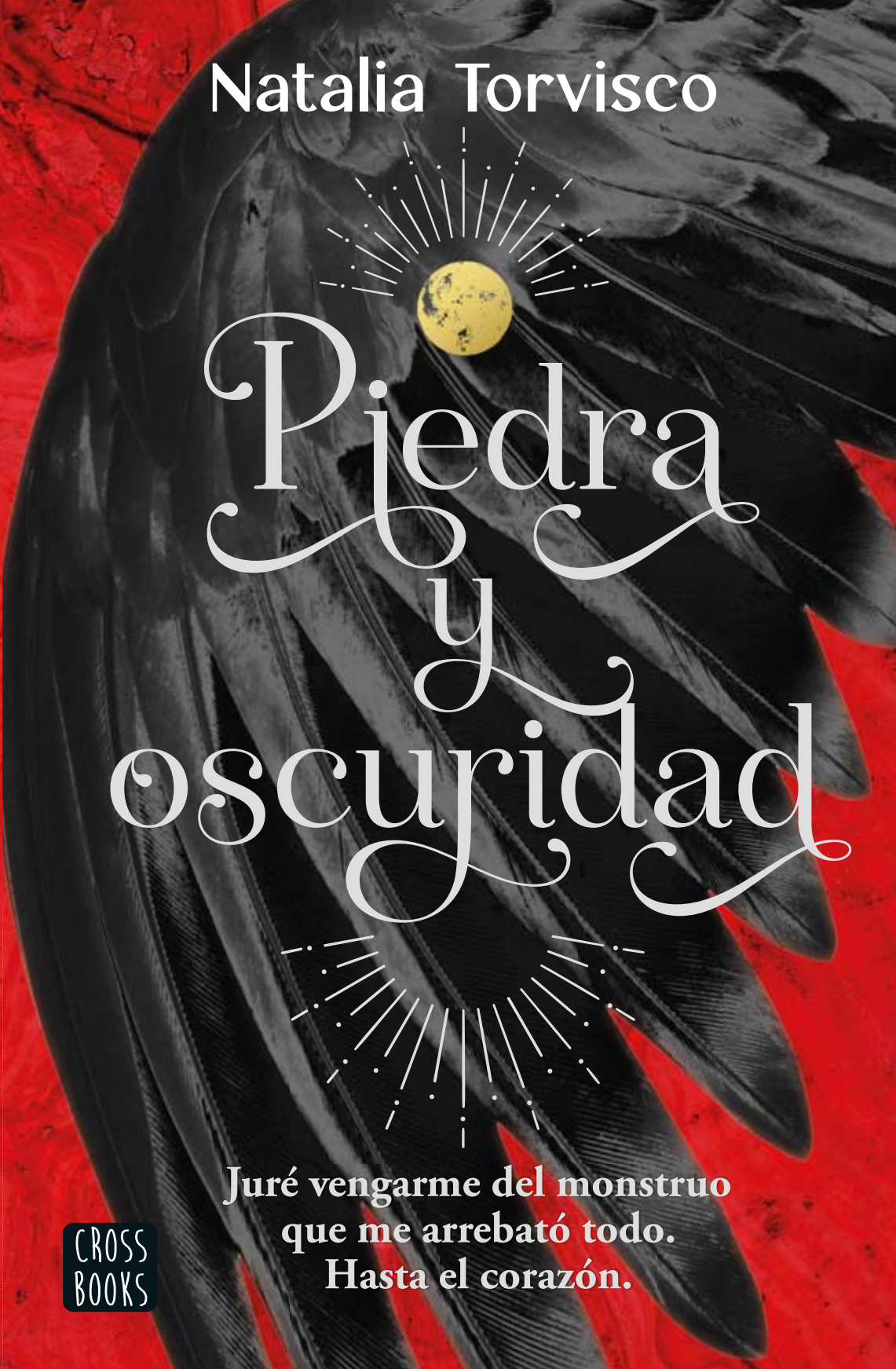




Natalia Torvisco

Piedra y oscuridad

Juré vengarme del monstruo
que me arrebató todo.
Hasta el corazón.

CROSS
BOOKS



Natalia Torvisco

Piedra y oscuridad

CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2024
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Natalia Torvisco, 2024
© Editorial Planeta S. A., 2024
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: octubre de 2024
ISBN: 978-84-08-29354-5
Depósito legal: B. 16.277-2024
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Debían de ser solo las seis de la mañana cuando escuché mi nombre lejos del sueño, invitándome a despertar, pero mamá siempre insistía en que había que aprovechar el día, que papá ya estaba en el campo, esforzándose por darnos de comer. Le daba igual que fuera una niña de siete años, tenía que aprender a valerme por mí misma. La infancia era el momento más importante para crear hábitos y definirnos.

Yo estaba acostumbrada a sus sermones y a levantarme de la cama a esas horas, así que no tardé en desperezarme. Me vestí y desayuné una pieza de fruta mientras el sol comenzaba a iluminar Lissien, mi aldea. Era una mañana de verano común, sin embargo, soplaban un fuerte viento del norte que retrasaba y entorpecía el trabajo de los campesinos. Mamá opinaba que los hechiceros debían de ser los culpables de aquellas corrientes tan extrañas. Yo, en cambio, opinaba que el viento procedía del aleteo de las mariposas.

A mamá no le gustaban los hechiceros ni las gárgolas, a pesar de que debíamos a los primeros la protección de nuestros hogares contra el peligro que suponían las segundas. A mí los hechiceros me daban igual, pero las gárgolas eran unos monstruos que esperaba no encontrarme nunca.

Mamá me contaba historias sobre ellas, sobre su oscuridad, sobre la fortaleza Hysë, donde se escondían del sol para

evitar convertirse en piedra y quedarse de esa forma a merced de los enemigos. Decía que eran unos seres ancestrales y peligrosos, y cada día me hacía prometer que no saldría de noche bajo ningún concepto si no quería encontrar una muerte sangrienta y dolorosa.

A mí me aterraban esas historias, pero mamá decía que eran necesarias para que comprendiera el peligro, y no dejaba de contármelas. Me enumeraba sin reparo los cuerpos que hallaban al amanecer en aldeas vecinas, mutilados, con la piel desgarrada y marcada por garras y colmillos. Así que, por la noche, en plena oscuridad, me encerraba en mi habitación y me tapaba con la manta hasta la nariz, siempre temblando de miedo.

En cuanto a los hechiceros, sin embargo, ignoraba por completo sus advertencias y me escapaba cada vez que podía para verlos desde lejos. Atravesaba el Muro Dorado, que delimitaba sus terrenos, y corría por la ladera de Seliash hasta encontrarlos. Siempre solían hallarse en sus cabañas, jugando con la magia, y yo soñaba con poder disfrutarla más de cerca algún día.

—Cielo, ¿has terminado?

Miré a mamá y sonreí, dejando el hueso del melocotón en el cuenco de semillas.

Ella besó mi frente y mi coronilla con cariño y me mandó ir, como siempre, al lado de papá, para ayudarlo y aprender a desenvolverme, porque él no estaría en este mundo eternamente.

Lo encontré en el prado, junto a las plantaciones de trigo. Bebía agua de su vieja cantimplora de cuero marrón y me recogió en sus brazos cuando llegué corriendo hasta él. Yo me subí a su espalda, a caballito, y avanzamos así los dos por los campos, observando el mundo que me señalaba y me mostraba: los pequeños pájaros de alas azules, cuyas plumas servían de amuletos para los hechiceros, la savia de los árboles era lios, de más de diez metros de altura y hojas de treinta centímetros de anchura, que servía para cerrar heridas, el musgo de las rocas selinas, tan parecidas a las comunes, que era un antídoto para la mayoría de los venenos.

—¿Y qué hay allí arriba, papá? —le dije cuando nos sentamos a la sombra de un eralio.

Él miró la colina y me sonrió.

—Allí arriba hay gusanos de seda y mariposas.

Yo reí.

—¿Puedo ir a verlos?

—Ten cuidado —me advirtió—, los gusanos se comen a las personas para poder transformarse y conseguir sus alas.

Siempre me decía cosas así, y a mí se me quitaban las ganas de curiosear. Cuando crecí, supe que solo quería protegerme de aquellos horrores que podían verse desde allí. No todos los humanos eran libres y vivían en la naturaleza. La mayoría habitaban ciudades oscuras, trabajaban en fábricas para producir defensas contra las gárgolas y no eran felices.

El día que las gárgolas desaparecieran, todos seríamos libres.

—Bien, hora de trabajar, pequeña —me dijo—. ¿Vamos a la carga?

—¡Sí!

Volví a subirme a su espalda para regresar a los campos y trabajar con él las tierras y el ganado.

Alimentar a los animales era lo que más me gustaba, y papá siempre me dejaba a mí esa tarea. Yo le decía los nombres que había puesto a las ovejitas, a las cabras y a las gallinas. Él me decía que tenía talento para diferenciar las cosas y que eso me facilitaría la vida.

—¿De qué me puede servir conocer a los animales? —le pregunté.

—Si los identificas a ellos, distinguirás también a las personas —me contestó.

Yo sonreí y llamé a *Kanito*, el potro que había nacido el día anterior. A papá le sorprendía que los animales se acercaran a mí con un simple gesto, y siempre me miraba desde los campos con una sonrisa de asombro.

—¿Has visto, papá? ¡*Kanito* me quiere! —le grité desde el picadero.

—¡Es imposible no quererte, Laris!

Siempre me contestaba lo mismo, y yo le hacía un gesto de burla con la lengua.

El día pasaba así, comíamos en el campo y después regresábamos a casa, a la protección del hogar, al resguardo de los hechizos que nos salvaguardaban.

Pero aquel día me apeteció ver los grillos de luz. Si estaba con papá, no me importaba mucho la oscuridad, aunque después corríamos siempre entre risas para llegar a casa antes de que el sol se ocultara por completo. Mamá siempre nos miraba enfadada. Y nosotros nos mirábamos con complicidad.

—Mira, están ahí —le dije.

Estábamos ambos asomados detrás de un arbusto, viendo los grillitos junto al río. Aunque no merecían el diminutivo: los grillos de luz medían al menos quince centímetros. A mí me gustaba el sonido que emitían, porque era melodioso, hipnotizante, y estaba en consonancia con su brillo, blanco el de los machos y azul el de las hembras.

Papá me dio un beso en la mejilla y me cogió a caballito otra vez para volver a casa.

—Vamos, que mamá ya estará tirándose de los pelos. Entraremos despacio por la puerta de atrás.

Yo asentí y los dos nos reímos.

Pero, entonces, la oscuridad se densificó de pronto a nuestro alrededor.

—¿Papi? —dije, sujetándome para no caer. Pero sus manos me tenían bien anclada a su espalda.

—Guarda silencio, pequeña.

Yo asentí y apoyé la barbilla en su hombro mientras avanzábamos.

Nuestros ojos se acostumbraron pronto a esa nueva oscuridad, y vimos la casa a lo lejos. Papá me bajó de su espalda y me dio la mano.

—Vamos a hacer una cosa —me dijo en voz baja—, echaremos una carrera hasta casa, ¿te parece?

Yo asentí.

No entendía cómo había caído la noche tan deprisa, pero, cuando me volví, las vi: había gruias a nuestro alrededor, acercándose, suspendidas en el cielo.

Y entonces echamos a correr, sin soltarnos la mano, a la protección del hogar.

Creía que llegaríamos, apenas faltaban cinco metros para tocar la valla.

Pero, de pronto, dejé de sentir la mano de papá.

—¡Corre, Laris! —escuché detrás de mí.

Pero no corrí. No corrí. Me volví para buscarlo.

—¡Papi!

Y allí estaba, protegido del poder del sol bajo las sombras de esas gruías: Golsennier, el lord de las gárgolas. Era enorme, de espaldas anchas y alas de dos metros de ancho. Su piel era azul noche y estaba marcada con extrañas líneas negras retorcidas que rodeaban su cuello y llegaban hasta su rostro para atravesarlo de una forma casi macabra de lado a lado. Sus ojos color ámbar brillaban con crueldad. Rodeando su cuello, sobre aquellas marcas, descansaba una fina cadena con un colgante tan negro como la oscuridad que nos acechaba que emitía una tenue luz del mismo color, una luz que se reflejó en la daga que sostenía su mano antes de atravesar el corazón de papá.



Siento la garra rozar mi espalda justo cuando mis ojos chocan de nuevo con la débil luz de la noche, devolviéndome la paz. Giro mi cuerpo mientras me deslizo entre la hierba exterior, a tiempo de atravesar con mi daga la zarpa parda del gog, que se escabulle de nuevo bosque adentro, con un quejido agudo y gutural.

Me tomo un momento para recuperar el aliento, tratando de alcanzar la herida. La garra me ha roto la camiseta, pero, a pesar de ser ceñida, apenas ha logrado rozar mi piel más allá de un arañazo superficial. Me dejo caer de costado en la tierra y envaino la daga en el muslo. Los muros de la fortaleza Hysë me contemplan a veinte metros, desafiándome. Me yergo de nuevo, echando hacia atrás mi cabello trenzado, y comienzo a deslizarme con sigilo, alcanzando pronto las sombras que proyectan las murallas, lejos de la vista de las gárgolas que custodian su cima.

La fortaleza se levanta al otro lado, resguardada por el acero de los blossomones, los únicos hechiceros capaces de crear materiales a partir del vacío. Su acero resulta irrompible, infranqueable. Si quiero atravesar la muralla, deberé hacerlo por encima.

Abro el bolsillo lateral del fino cincho que rodea mi cintura y vuelco el contenido sobre mi mano. Los polvos de rassh que

me empañan ahora la palma se adhieren como una segunda capa. Casi sonrío ante la ironía. Esta sustancia es una creación de los antiguos blossomones y, en mi opinión, una broma de mal gusto contra ellos mismos. Hace siglos crearon su propia vulnerabilidad: un material capaz de sobrepasar cualquier otro, de ser invisible para ellos. Un material que se esforzaron por destruir de su propia historia y del mundo. Y casi lo consiguen. Solo hay ocho personas en este reino que conocen la existencia del rassh, y solo tres de ellas poseen una pequeña reserva. Ahora, en cuanto lo use, habrá un gramo menos en el pequeño saco de la persona que me lo regaló.

Alzo la mirada hacia la muralla. De ser piedra corriente, no me molestaría en malgastar este tesoro. Pero los blossomones idearon algo brillante: en cuanto cualquier ser vivo ajeno a Hysë sobrevuela o roza el muro desde tierra, este crecerá proporcionalmente a cada paso que dé en su escalada, aunque tenga que rozar el propio cielo. Es, por tanto, imposible de sobrepasar, ni siquiera en vuelo. La única opción es el fino polvo plateado que descansa ahora en mi mano.

Lo froto por cada parte de mi cuerpo que tocará el acero y me atrevo a probarlo, primero con una caricia, después posando la palma de la mano sobre la superficie del alto muro. Y no sucede *nada*.

Mis labios se curvan inevitablemente hacia arriba antes de saltar y adherirme a la muralla con la ayuda del rassh.

Comienzo el ascenso, cauto y silencioso, oculta a ojos de los guardias, treinta metros de altura recorridos en tres minutos. Cuando estoy a punto de alcanzar el último tramo que me separa de la cima, me quedo detenida un momento, pegada al muro, aguardando una oportunidad. La gárgola que custodia esa parte de la muralla arrastra su lanza, como si fuera más una carga que un arma. He de contar los segundos que emplea en cada vuelta, solo tengo que saltar una vez.

Preparo mi cuerpo.

Y un minuto después de que la gárgola sobrepase mi posición, me muevo. Apenas puede reaccionar a tiempo. Cuando consigue percatarse de mi presencia, yo ya estoy deslizándome por el interior de la muralla con ayuda del rassh. Caigo de

pie y ruedo en el empedrado, sorteando su lanza, que choca y rebota a un metro de mí. Me levanto y echo a correr. Rezo en silencio por no estar equivocada en mis cálculos: el rassh se convierte en una sustancia temporal una vez entra en contacto con un material blossom. Debería desaparecer de mi cuerpo y de mi piel antes de que pueda alcanzar mi destino, la trampa de hierro que da a las mazmorras. Solo me quedan unos metros.

Pero las gárgolas son demasiado veloces. Y, tras un rugido de alerta, tres se lanzan a por mí en picado, imposibles de esquivar.

Antes de que mi mano aferre la cadena que envuelve el tirador, seis garras se ciernen sobre mi cuerpo y me hacen caer. Por un instante, dudo. Dudo de que mi descabellada idea funcione, y de que sus colmillos no me degüellen. Pero, con solo dos segundos de una vida que debería haber sido ya segada, sé que esos monstruos han caído como estúpidos.

Me levantan con brusquedad, susurrando entre ellos a mi espalda. Solo uno permanece conmigo. Tras una escueta orden, los demás vuelven a sus puestos, y yo me encamino con el aparente superior hacia la entrada principal de la fortaleza, ya desprovista de mi daga.

—Hay que tener ovarios para meterse en este agujero —murmura, una vez se cierran las pesadas puertas a nuestra espalda.

Se coloca mi daga atravesada en su cinturón y me empuja con él hacia la izquierda, por un estrecho camino que parece bordear la fortaleza por el interior.

Yo no respondo. Me dejo llevar, observando todo a nuestro paso. El pasillo tiene un suave desnivel hacia abajo que apenas se aprecia, pero es suficiente para saber que nos internamos bajo tierra. El suelo y las paredes están cuarteados y húmedos, como si aquello no fuese más que roca antigua y desgastada. El techo, sin embargo, es del mismo acero que la muralla. Está pulido y tan limpio que casi puede apreciarse nuestro reflejo en él, ayudado por las antorchas que nos guían hacia nuestro destino.

Con cada metro recorrido, el olor a peligro, a amenaza, se

intensifica. Este lugar apesta a oscuridad, a veneno, a sangre, incluso a gog. Las gárgolas hieden a *miedo*. Y esa peste nos acompaña paso tras paso, cada vez más palpable, hasta que alcanzamos unas grandes puertas de acero. Entonces resulta tan agudo que apenas me permite respirar.

Antes de que la gárgola que me acompaña pueda moverse para abrir, una hembra nos alcanza por detrás. El agarre en torno a mi brazo se vuelve más fuerte. Yo no me permito despertar en mi garganta ningún gemido de dolor.

—Así que esta es la intrusa —dice la hembra, intercambiando una mirada significativa con el macho. Después fija sus ojos en mí para estudiarme con detenimiento.

Yo me tomo la libertad de hacer lo mismo. Sus ojos son increíblemente oscuros, tiene los músculos tan perfilados como el macho, como una guerrera; es más pequeña, pero me saca al menos dos cabezas y un cuerpo. Su pelo es tan largo como el mío, acaso más, y sus armas no son corrientes. Las hojas de las dos espadas cortas envainadas a sus costados, tan afiladas como mi daga, están fabricadas con el hueso de una pata de gog. Jamás había visto nada semejante. Y sospecho que no son frágiles, que podrían cortar una espada corriente por la mitad.

El macho asiente, y ella nos abre la puerta.

—¿Cómo lo ha hecho? —pregunta mientras nos adentramos en la estancia.

El lugar en el que nos encontramos ahora parece un enorme pozo. Su techo se alza hasta el pico de la torre oeste, a cuarenta metros de altura, tan redondo como la superficie del suelo que pisamos. Tiene por lo menos diez metros de diámetro, diáfanos, iluminados con dos antorchas en la pared separadas ciento ochenta grados. Hay cadenas y grilletes en las paredes, todos vacíos, ni un preso.

—Pregúntaselo a ella.

Trago saliva, tratando de localizar lo que hacía unos minutos trataba de alcanzar. La trampilla. El lugar donde debería estar esa entrada está tapiado. La trampilla es una *mentira*. ¿Dónde se encuentra entonces mi madre?

La gárgola que me sujeta me empuja al suelo con rudeza,

al centro de la estancia. La herida de mi espalda, a pesar de ser un mero roce, se resiente. Pero no tengo tiempo de lamentarme: la estancia comienza a llenarse de gárgolas intrigadas, asustadas, que me rodean como si fuera un animal extraño y peligroso, y mi atención no puede más que centrarse por completo en ellas, en el sabor de la muerte que parece estar a punto de alcanzarme.

Mi respiración se agita mientras contemplo al macho que me ha traído hasta aquí. Su cuerpo es más robusto que el de los demás, y sus alas, encogidas a su espalda, parecen mayores de lo normal. Se encuentra familiarmente cerca de la hembra, y ambos comparten fugaces miradas mientras me contemplan y hablan. Están departiendo en su lengua antigua. Y, mientras lo hacen, los murmullos comienzan a apoderarse de la multitud, cada vez más agitados, invitando a todos a acercarse. Primero con tiento, luego con amenaza. Pero el macho mayor no permite que me toquen.

El instinto hace que me yerga en posición de defensa y ataque. Si al final deciden matarme, estoy dispuesta a llevarme conmigo al menos dos vidas antes de que logren arrebatarme la mía.

—¿Cómo has entrado? —me pregunta la hembra. No hay amenaza en su voz, ni miedo, solo curiosidad. Pero yo no respondo. Me limito a mirarla, a observarlos a todos—. ¿Eres muda?

El macho desenvaina un puñal.

No obstante, el paso amenazador que da hacia mí se deshace de pronto. Sus labios se inclinan hacia arriba con suavidad en una sonrisa mientras vuelve a guardar el arma. Y, entonces, lo siento. Lo siento en todo mi ser. Y no a causa del aire repentino que choca contra mi espalda y agita las llamas de las antorchas. Lo habría sentido de todos modos, habría sabido que estaba allí, erguido de pie detrás de mí.

Me doy la vuelta lentamente, con el corazón golpeando mi garganta.

El lord de las gárgolas jamás me había parecido tan aterrador como ahora.



Grité con fuerza, aterrorizada. Los ojos de papá se quedaron clavados en mí antes de vaciarse de vida. Y su cuerpo cayó, inerte, sobre el barro, a los pies del lord de las gárgolas.

Golsennier dirigió entonces su mirada hacia mí, fijándola en mis ojos mientras limpiaba la daga de sangre con su propia ropa. Temí por un momento que me atacase, pero, en silencio, igual que había llegado, se fue, devolviendo al cielo su color anaranjado.

Yo corrí a por papá. Caí de rodillas a su lado y lo zarandeé, incapaz de distinguir su figura con claridad por culpa de las lágrimas que se agolpaban en mis ojos. Le di la vuelta y traté de detener la sangre que brotaba de su pecho, perdida entre el barro.

—Papi, despierta. —Le limpié el barro de la frente y de la mejilla, pero sus ojos continuaban vacíos.

Me levanté y corrí a casa, gritando, pidiendo ayuda.

Encontré la puerta abierta, el interior oscuro. Y comencé a temblar. Mis lágrimas caían sin descanso mientras me adentraba con paso cauteloso, pegada a la pared, llamando a mamá. Pero no hubo respuesta, no obtuve respuesta de nadie. Mamá no se encontraba allí. Tal vez había salido a buscarnos, tal vez había sido atacada también.

—Mami.

Me cobijé en un rincón oscuro, temblando y llorando, hasta que la imagen de papá volvió a empujarme al exterior, ya cubierto por un manto negro. Caminé tropezando, cayendo finalmente de nuevo junto a él. Y allí, aovillada al lado de su cuerpo, arropándome con su brazo, permanecí hasta que el sueño vino a buscarme.

Lo último que pensé fue que ojalá no volviera a despertar.